

Supositorio

(Preparación farmacéutica en pasta, de forma cónica u ovoide, que se introduce en el... recto)

El señor, Tomo el teléfono y marco la extensión numero 25: es la extensión de la cocina.

—Bueno... ¿Anastasia?, me comunica por favor con Benito. —No puedo señor, salió a comprar unas cosas. Responde Anastasia. —Bueno, entonces comuníqueme con Zeferino. -Si señor, con todo gusto.

El señor espero unos segundos... — ¿Qué se le ofrece? Señor. Contesta Zeferino. — Por favor, dígame a Don francisco Valencia, que si me puede ayudar a ponerme un supositorio. — ¡Si señor!

El señor colgó el teléfono y empezó a reírse; Martin de los Montes, dueño y señor de la Casa Cumbres inventando este tipo de bromas. Se le ocurrió la idea, unos momentos antes, mientras se duchaba, pensó en lo difícil que le seria cumplir con las disposiciones del medico, si no fuera capaz de aplicarse los supositorios por sí mismo.

— ¿Qué te dijo el señor? Le pregunta Anastasia a Zeferino. —Quiere que Don Francisco, le haga un favor. Contesto parcamente Zeferino.

Zeferino: marinero de formación, hombre reservado, educado y respetuoso, esposo de Anastasia, conserje de Casa Cumbres, atlético, guerrerense de sangre caliente, no acababa de asimilar la solicitud del señor. ¿Qué le diría a Don francisco? ¿Cómo se lo diría? ¿Se enojaría? Era la primera vez que lo veía en la casa, no atinaba las palabras, finalmente, opto por utilizar las mismas palabras que el señor; pero omitiendo la última parte, “a ponerme un supositorio”. ¡Sí... eso era lo apropiado! Respiro profundo y se dirigió a la habitación de Don Francisco.

Toco con sus nudillos la puerta de madera, se escucharon tres sonidos sordos; no hay respuesta. Trato de escuchar algún sonido o detectar un movimiento, no escucha nada y decide esperar unos minutos. Vuelve a tocar tres veces y oyó el ruido de unos pasos que se dirigían a la puerta. Don francisco, mojado y enrollado en una toalla, se asoma por el resquicio, vio a Zeferino y le pregunto — ¿Qué sucede?, Zeferino nervioso no encuentro las palabras, Don francisco inquieto insistió — ¿Pasa algo? Zeferino apurado le dice — ¡El señor necesita ayuda! Don Francisco se asusto y pregunto. — ¿Se puso mal nuevamente? ¿Esta sangrando mucho? ¿Hay que ir al hospital? Zeferino espantado contesto. — ¡No sé, quiere que le ayude a ponerse un supositorio...!

Don Francisco cambio de cara, ahora su rostro mostraba incredulidad. — ¡Que le ayude a ponerse un supositorio! ¿Estas seguro? Le dice a

Zeferino, quien asiente con la cabeza. —Mejor me voy a vestir, bajare a su cuarto y averiguare que sucede, en un minuto bajo. Murmura en voz alta, Don Francisco.

Don Francisco Valencia; hombre formal, cincuenta y cinco años de edad, profesional, cazador, pianista, de buenas maneras, conoció a su amigo Martin de los Montes, cuando estudiaban la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad. Tenían más de treinta años de conocerse pero nunca habían tenido una relación muy cercana. De hecho era la primera vez, que salían juntos de viaje. Mientras se vestía, se seguía preguntando, que estaría pasando...

El día anterior, Don Martin, se había puesto mal. Repentinamente, empezó a sangrar por la herida que tenía desde hace dos años, muy cerca del recto. Anastasia, Zeferino y Benito, estaban alarmados: Anastasia bajo a limpiar el piso de la habitación, había manchas de sangre por doquier. El señor, pidió toallas de papel, en varias ocasiones. Los tres hablaban en voz baja de su condición. — ¿Tendremos que regresarnos? Preguntaba Benito. — ¿Sería prudente llevarlo al Hospital Naval? Cuestionaba Zeferino. — ¡No! Mejor esperamos a que él nos diga que hacer decía Anastasia.

Don francisco se entero a las seis de la tarde del suceso, no tenía mayor Información, no se atrevía a preguntar. Don Francisco había quedado con Don Martin de encontrarse a las ocho de la noche para ir a cenar a las siete con cuarenta y cinco minutos. Benito, informo a Don Francisco que el señor se sentía mal y no podría ir a cenar con él.

—Me pidió Don Martin que lo disculpe, él no va a poder ir; pero yo lo puedo llevar a cenar a donde usted quiera Le dijo Benito a Don Francisco. —De acuerdo; pero antes de irnos quiero hablar con él. Dice Don Francisco. —No hay ningún problema Don Francisco, no es necesario, Don Martin se encuentra bien, ahora duerme (Benito quiere proteger la intimidad de su patrón). — ¡Yo no voy a ningún lugar, si no lo veo antes! Insiste Don Francisco. — ¡Esta bien, no se altere, lo puede ver antes de irnos! Contesta Benito.

Benito; chofer y asistente de Don Martin de los Montes, hombre joven de cuarenta y cuatro años, con cuerpo atlético, muy cuidadoso y respetuoso. Trabajaba hacia veinte y seis años con Don Martin. Hombre de sus confianzas lo conocía muy bien, escrupuloso con sus obligaciones, sabia lo que decía, también sabía que Don Martin no era un hombre desidioso, si se tenían que regresar a la Ciudad de México lo harían sin vacilar. Igual, si tenían que ir al hospital. Don Martin siempre estaba en contacto con él (vía telefónica), cualquier necesidad que tuviera, le hablaría de inmediato.

Don Francisco bajo a la recamara de Don Martin, la puerta no tiene seguro y entro, reinaba la oscuridad y ningún sonido perturbaba el ambiente. Sin prender la luz, desconociendo el lugar, camino lentamente a tientas. dio tres pasos, se escuchaba la respiración pausada de Don Martin, lo guía a su cama. Don Martin se encuentra profundamente dormido, no se mueve, Don Francisco titubea, al fin se decide y se acerca a la cama. Toma la mano de Don Martin.

— ¿Quién es? Pregunta Don Martin. Abrió los ojos pero no distinguió nada. ¡Estaba agitado y con cara de susto! Fijo la mirada en Don Francisco que también esta espantado. —Soy yo, Paco. — ¡Solo quiero saber cómo te sientes! — ¡De la fregada! Contesto Don Martin. — ¿Se te ofrece algo? Susurra Don Francisco. Se ha dado cuenta que saco de su profundo sueño a Don Martin y está molesto. —No gracias, mañana desayunamos a las nueve para ir al golf (motivo principal del viaje). Le hable al doctor y me dio varias medicinas y las estoy tomando. Espero sentirme bien mañana, no te preocupes, cualquier cosa yo les hablo, ¡Diviértanse y buenas noches!

Don Francisco y Benito abordaron el automóvil y se fueron a cenar... Al día siguiente, Don Martin se sentó en la mesa para tomar su desayuno. Tiene otro semblante, se sentía mejor y quiere ir a jugar golf. Don Francisco llego tarde, se había acostado a las doce de la noche, desvelado, pensaba que su amigo, no se levantaría temprano. Al verlo, se sintió reconfortado y contento. Desayunaron y partieron al campo de juego.

En el club de golf y durante el juego, Don Martin le conto los pormenores de su caso: la infección, el absceso, la hospitalización, el problema latente de la fístula, etcétera. También le hizo una confesión: “Cuando me sucedió este incidente, decidí quitarme el bigote después de treinta y cinco años de usarlo. No podía usar bigote con las toallas sanitarias”. Terminaron de jugar, almorzaron y regresaron a Casa Cumbres sin incidente.

... Llegamos del golf a las tres de la tarde, todo estaba bien, se fue a su cuarto a las cuatro de la tarde para tomar una siesta — ¿Qué habrá pasado? Se preguntaba Don Francisco. Ya vestido y dispuesto a salir de emergencia, a la ciudad o al hospital, todavía incrédulo de la solicitud, se encamino a la habitación de Don Martin.

Zeferino, a la distancia, observaba. Estaba muy atento tampoco sabía que sucedía con certeza. La reacción de incredulidad de Don Francisco, lo había desconcertado. No entendía. ¿Habría captado bien el mensaje? ¿Habría cometido un error? Se cuestionaba, una y otra vez.

Don Francisco, esta vez toco con su puño la puerta, a la distancia se escucho la voz de Don Martin aprobando la entrada. Al llegar a la cama, Don Francisco encontró a Don Martin acostado y muy calmado. Me dijo tu

empleado que requieres de mi ayuda. Estaba serio y expectante. — ¿Qué te sucede? ¿Te sientes mal? ¡Me espantaron! ¿Qué problema hay con un supositorio? Pregunta insistentemente Don Francisco. —Tranquilo, no pasa nada, en efecto, solicite tu ayuda y veo que no tienes inconveniente. Hay una cierta tensión e intranquilidad de Don Francisco, — ¡Que hay que hacer! Pues nada hombre, esto es muy sencillo... dijo Don Martin.

— ¡Ya quita la cara de espanto! ¡No pasa nada! ¡Es solo una broma! ¡Ja ja ja...! Le dice Don Martin. Con cara de pocos amigos, Don Francisco contesto — ¡Ahora sí que me la hiciste, eres un cabrón! ¡El susto que me dio Zeferino! ¡Pensé que te había pasado algo! ¡Lo del supositorio, es lo de menos! Estando Don Francisco más tranquilo, Don Martin le cuenta de su ocurrencia, le pide que no diga nada, quiere Don Martin seguir con la broma. Quiere ver las reacciones de Anastasia y especialmente de Zeferino. — Bueno, nos vemos al rato para cenar. Termina Don Martin.

A las ocho de la noche, Don Martin subió a la cocina, mientras hace los preparativos para la cena junto con Anastasia, le pregunto — ¿Qué le dijo Zeferino de mi llamada? ¿Qué cara tenía? ¿Se tardo mucho en ir con Don Francisco? Anastasia no sabia nada. Solo percibió que Zeferino estaba un poco tenso, no le dijo ni una palabra. No había nada que hacer con Anastasia, Don Martin decide contarle su ocurrencia. Anastasia ríe y siguieron trabajando, a los pocos minutos llego Benito y Don Martin lo entero del episodio, quería saber más sobre las reacciones iniciales de Don Francisco y Zeferino.

Los dos amigos cenaron unas perdices en adobo, de muy buen tamaño y excelente sabor: plato preparado en honor del cazador, Don Francisco. La cena transcurre en un ambiente de cordialidad y amistad, no hay recelos ni malos sentimientos por la broma. De hecho, no se toca el tema. Terminaron temprano y se retiraron a sus habitaciones, al día siguiente, viajarían de regreso a la Ciudad de México.

Desayuno temprano, todos listos, abordaron el automóvil, Don Francisco en la parte trasera, Don Martin en el asiento derecho delantero y Benito al volante. Se despiden de Anastasia y Zeferino. Don Martin se siente bien e inicia una conversación sobre Acapulco: los cambios que ha tenido a través de los años, lo bueno, lo malo, etcétera.

Benito pide la palabra, quiere informarle de sus investigaciones sobre la broma. —Adelante. Confirma Don Martin. Benito empieza su relato: “Ayer, cuando ustedes se retiraron a sus habitaciones, yo estaba en la cocina, terminando de cenar, le pregunte a Anastasia sobre el incidente de la tarde, no me quiso decir nada pero sonrió. En ese momento llego Zeferino e inicié la conversación sobre el supositorio.

— ¡Zeferino, prepárate para mañana, vas a tener que ayudar al señor!
 — ¡Estas loco, yo en que le puedo ayudar! Anastasia, muy seria, esta atenta a la conversación. — ¡Le tendrás que ayudar con el supositorio! Insiste Benito. — ¿Yo, porque? Dice Zeferino. —Es muy sencillo, yo ya le ayude al señor con dos supositorios. Don Francisco le ayudo hoy, con otro supositorio. Tú conoces al Señor no le gusta comer en el mismo lugar dos veces seguidas, por lo tanto, seguramente te pedirá, mañana que le ayudes antes de irnos. Agrega Benito. Anastasia se esta aguantando la risa pero no dijo nada.

Zeferino se movía de un lugar a otro, estaba muy nervioso. Benito, vuelve al ataque. —Zeferino, no te hagas problema es muy sencillo: tomas el supositorio, le quitas la envoltura, con delicadeza y la punta de dos dedos, lo tomas del lado más pequeño y lo diriges a su posición. Le das un pequeño empujón, el resto que lo haga el Señor. ¡Eso sí, no te vayas a pasar y le metas un dedo! ¡Hay que tener cuidado! Zeferino muy aturdido y nervioso dijo — ¡Yo jamás haré eso, aunque me despidan! ¡No es mi trabajo! Benito insiste —Si no lo haces tú, ¿Quién? ¿Anastasia? Zeferino respira profundo: — ¡Si, que lo haga ella! Estaba sumamente ansioso y nervioso, no dejaba de moverse.

— ¡Serás capaz de dejar que tu esposa ocupe tu lugar, no lo puedo creer!- Agrega Benito. — ¡Primero las mujeres y los niños, yo temprano, estaré haciendo mis quehaceres y no quiero saber de supositorios, yo no sé nada de eso! Zeferino muy molesto, termino la conversación.

Anastasia se reía muy discretamente pero seguramente, le cobraría la factura, a Zeferino. Me fui a dormir; hoy en la mañana, me enteré que Zeferino había dormido en la terraza, ahora tenía dos preocupaciones: la posible llamada y la ira de Anastasia. Además de la pérdida del desayuno”.

Don francisco y Don Martin, no dejaban de reírse, pasaron Chilpancingo y continuaban riéndose del episodio. Los tres se preguntaban; sí, a esa hora, Zeferino, ya sabría la verdad. ¡Pobre Zeferino, termino castigado y hambriento! ¡Afortunadamente...no hubo llamada!